

TRILOGÍA PLATÓNICA

JANTIPA O DEL MORIR



ERNESTO CASTRO



temas de hoy

ERNESTO CASTRO
JANTIPA O DEL MORIR

[Trilogía Platónica]

© Ernesto Castro Córdoba, 2021
Por mediación de MB Agencia Literaria S.L.
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-9998-910-5
Depósito legal: B. 1.207-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

En ese momento se oyó un ruido agudo e intermitente. Todas nos sobresaltamos, pensando en lo peor. ¡Los SS! Pilladas cuchicheando en la enfermería. ¿Cómo podíamos ser tan rematadamente idiotas? Ahora no solo matarán a Edith, sino también a nosotras. ¿Dónde escondernos? Charlotte sopló el candil y se acurrucó en una esquina, dejando que la pastilla se deslizase por el suelo. Heda y yo nos escabullimos debajo de la litera. Calladas y en penumbra, con los destellos de la luna como única iluminación, al fin descubrimos el origen del ruido. Era la boca de Teresa. Sus labios, sus dientes, su lengua. Se estaba riendo de nosotras.

—¡Ay, que me muero! Habéis venido a salvarme y al final os iréis con un doctorado sobre la doctrina del doble efecto —decía mientras se secaba las lágrimas—. Ya sabéis que me encanta que discutáis de filosofía entre vosotras, pero recordad que el objetivo del experimento mental era justificar mi decisión. ¡Ja, ja, ja! Me vais a matar cualquier día de estos.

—Disculpáenos, Edith —dije, saliendo a rastras de mi escondite y volviéndome a sentar en la cama—. Ya sabes lo mucho que nos gusta la filosofía.

Teresa recuperó el aliento, pero le salió un hipo inco-
modísimo al intentar proseguir con el experimento:

—Permitidme que lo reformule, ¡hip!, para que podáis resolver, ¡hip!, vuestra discrepancia ética.

Le di unas palmaditas en la espalda hasta que liberó los gases comprimidos por el diafragma. Hasta que se tiró un eructo, vaya. Me dio las gracias y, retomando el hilo, se dirigió a Charlotte y a Heda:

—Imaginad que, en vez de una palanca, lo que hay frente a vosotras, en el puente sobre las vías férreas, es un hombre obeso. Un hombre tan obeso que su masa corporal pararía un tren en marcha. Él moriría, pero el tren se detendría. ¿Le empujaríais para salvar a las cinco personas atadas?

Charlotte, vuelta hacia la pared, borrando su nombre a base de pulgar y saliva, dijo que sí; Heda, sentada en el suelo, en la postura del loto, que no.

—Ahí sí que estaríamos matando a un individuo para salvar a cinco —se justificó.

—¿Y con la palanca no? —repuse.

Heda negó con la cabeza.

—Una cosa es matar a alguien con tus propias manos,

y otra iniciar una cadena causal que colateralmente produzca una muerte.

Le eché un vistazo a Charlotte, quien borraba lentamente su nombre, ensuciando la pared de nuevo. No movía los pies de su sitio, por miedo a pisar la pastilla de jabón, invisible en el oscuro suelo, poniéndose de puntillas para alcanzar las letras más lejanas de su propio nombre. Su silueta, con los brazos en alto, me dio una idea.

—¿Matar con una pistola no es matar? —le planteé a Heda—. Según tu distinción, quien mata no es el pistolero sino la pistola. O, peor me lo pones, la bala. Él solo aprieta el gatillo, iniciando «una cadena causal que colateralmente blablablá».

—¡Qué dura de mollera eres! —rezongó—. Lo importante no es la mayor o menor proximidad física entre la causa y el efecto de la muerte. Matar con una pistola es tan malo como matar de un empujón. Lo importante es la relación entre los medios y los fines de nuestros actos. ¿Lo pillas? En el caso del hombre obeso, la vida de una persona se utiliza como un medio, como un instrumento para salvar la vida de otras cinco. Pero a las personas nunca se las debe tratar como medios, sino siempre como fines en sí mismos.

No me pude contener la risa.

—¿Ves como tú también te pliegas a Su voluntad? —apostillé entre carcajadas—. Aunque en tu caso no sea la voluntad de *HaShem*, sino la de Immanuel Kant.

—No pasa nada por ser kantiana —terció diplomáticamente Teresa—. El único problemilla consiste en establecer la diferencia entre los medios y los fines de nuestros actos. ¿Qué me dices, Bloch?

Heda se quedó callada. Se tomó unos minutos antes de responder. ¿Cómo establecer dicha diferencia? ¿Acaso no

era evidente? Los medios van a la mitad; los fines, al final. Pero no, no podía soltarle esa vulgaridad a Teresa. Mudó de postura, se abrazó las rodillas, los dedos fuertemente entrelazados, hasta el punto de ponerse blancos. De golpe y porrazo descubrió que toda su vida adulta había recurrido a fórmulas kantianas como coletillas, a modo de frases hechas, sin cuestionar ni un minuto su significado. Ahora tenía que improvisar una distinción filosófica entre los medios y los fines de nuestros actos, y tenía que hacerlo rápido. Charlotte consiguió borrar su nombre, las nueve letras al completo, antes de que Heda empezase a tartamudear.

—Es... ¿cómo decirlo?... es una diferencia... ¡sí!... es una diferencia subjetiva, ¿no? Entre... por así decir... entre *lo que quieres hacer*... ¡claro!... que son tus fines y... mmm... y *cómo lo puedes hacer*... ¿de acuerdo?... que son tus medios. Todo depende... ¡eso es!... todo depende de tu buena... ¿o mala?... voluntad como agente.

—¿Estás segura?

—¡Segurísima!

Era, obvio, un farol.

—Permíteme que reformule una vez más el experimento —dijo, guiñándole un ojo—. Vuelve a haber una palanca frente a vosotras. Vuelve a haber cinco personas atadas al carril principal y una al paralelo. Pero ahora resulta que ambas vías están conectadas en forma de bucle. Por cualquiera de los dos caminos, el tren atropellará a las cinco personas del carril principal. Afortunadamente, la persona atada al paralelo es el hombre obeso. Su masa corporal evitará que el tren recorra el bucle y mate a cinco personas más. ¿Accionáis la palanca?

Charlotte soltó súbitamente su sí. Heda se quejó de que el experimento era muy enrevesado. Puede que lo

fuera, pero también llevaba su kantismo improvisado, de kantimpalo, a un callejón tétrico y sin salida.

—¿Accionas o no la palanca? —insistió Teresa.

Heda se quedó callada.

—¿Te das cuenta de que la diferencia entre los medios y los fines de nuestros actos no puede ser subjetiva?

Heda asintió con la cabeza.

—¿Te das cuenta de que la diferencia entre matar y dejar morir no depende de nuestra intención como agentes?

Heda volvió a asentir con la cabeza.

—¿Te das cuenta de que algo objetivo, externo a tu subjetividad, como es un tramo de vía férrea en forma de bucle, transforma por completo tu intención, tu relación entre medios y fines?

Heda ya no movió más la cabeza.

—¿Te das cuenta de que...?

—¡Basta ya! —vociferó, mientras se levantaba del suelo y se dirigía a la esquina de las escobas—. Hemos venido a salvarte, no a debatir tus chorradas filosóficas.

—¡Cuidado con la pastilla! —le advirtió Charlotte.

—¿Qué?

—Nada, déjalo.

—No, dímelo.

—Una bobada.

—¡Ahora quiero saberlo!

—¡Bajad la voz! ¡Que vais a despertar a Ceija y a Philomena!

—No te preocupes por ellas. Ya me encargué de que durmiesen a pierna suelta —dije, mientras tamborileaba la litera con los nudillos—. Pero Bloch tiene razón: ¿qué tendrán que ver estos experimentos con tu decisión de rechazar los planes de la Resistencia?

—A eso iba. Si me permitís.

Charlotte y yo asentimos. Heda, vuelta de espaldas, con los brazos cruzados sobre el pecho, fingía interés por el estado de las escobas; no medió palabra.

—Ahora imaginad que, en vez de encontraros en el puente sobre las vías férreas, estáis en el carril paralelo. En el principal hay una única persona atada. Vosotras también lo estáis, pero tenéis una mano libre para accionar la palanca. La palanca que conduce el tren hacia vosotras. ¿La accionáis?

Todas en silencio.

—¿Ninguna?

Silencio.

—¿Nadie?

Más y más silencio.

—Nanay —me atreví a romper el hielo—. No hay ningún mandamiento que me obligue a asumir el destino de otro, a sacrificarme por otro, a ocupar su lugar dentro del plan divino.

Una vez roto, Charlotte saltó al agua, por fin se mojó:

—Más allá del destino, del plan divino y demás zaran-dajas, el hecho es que, en esta última versión del experimento, ya no cabe hablar ni de justicia ni de injusticia. En anteriores versiones sí, cuando se trataba de matar a una persona para salvar a cinco, entonces sí era injusto no matarla. ¡Y digo matarla, sí, matarla! ¡No me ando con eufemismos políticamente correctos!

Teresa y yo nos miramos con cara de preocupación. La relectura compulsiva de *El misántropo* había hecho mella en Charlotte. Ya era más que evidente.

—Entonces, en anteriores versiones, el mal de matar a una persona se compensaba con el bien superior de

salvar a cinco. Pero ¿ahora? Ahora, en esta versión, ya no se cumplen las condiciones de posibilidad de lo justo, pero tampoco de lo injusto. ¡No, señora! Ahora, cuando se trata de una vida contra otra, ya solo cabe la lucha por la supervivencia. Y sanseacabó. Tú misma, Edith, has constatado antes, con el experimento del bucle, que la relación entre los medios y los fines depende del contexto. Pues bien: yo ahora digo que la posibilidad de la justicia y de la injusticia también depende del contexto.

Todas sabíamos que Auschwitz estaba fuera de dicho contexto. O eso pensaba Charlotte. Auschwitz o la lucha por la supervivencia. Ni justo ni injusto. Era un discurso peligroso, preocupante, pero no había modo de atajarlo. Solo había cambiar de tema. Teresa se dirigió a la única que había callado ante la última versión del experimento:

—¿Y tú qué opinas, Bloch?

Heda no respondió.

—De acuerdo —prosiguió Teresa—. Ahora imaginaos en la posición inversa. Estáis atadas en el carril principal, con una mano libre para accionar la palanca y desviar el tren hacia el carril paralelo, donde hay otra persona atada. ¿La accionáis?

Yo dije que no y repetí lo de la voluntad de Dios. Ya comenzaba a hastiarme tanto experimentito mental. Antes de que Charlotte despegase los labios, Teresa insistió:

—¿Y tú qué opinas, Bloch?

Heda no respondió.

—¿Estás bien, Bloch? —se preocupó Charlotte.

¿Qué tripa se le habrá roto?

—¿Cómo quieres que esté? —aulló, volviéndose de golpe hacia nosotras, con un arma entre las manos.

Empuñaba una vieja escoba.

Parecía amenazarnos con ella.

Ni que fuera una alabarda suiza.

—¿Te das cuenta de adónde nos lleva esta papista con sus experimentos? ¿Te das cuenta, Delbo? —decía, señalándola con el mango de la escoba, dándole golpecitos en los hombros—. Ahora dirá que Auschwitz es el tren. Dirá que Elias Lindzin es el hombre obeso. Que LA RESISTENCIA es el empujón o la palanca. ¿Y qué más, señorita Stein? ¡Qué más!

La escoba describió un círculo sobre su cabeza. Sus dedos recorrían el mango como fingiendo estrangularlo. Las cerdas del cepillo se agitaban anárquicamente. La luna iluminó una nube de polvo.

—Por eso, nada más empezaste con tus experimentos de mierda, te pregunté quién ató las personas a los raíles. ¡Porque la responsabilidad es importante, señorita Stein! —decía mientras golpeaba el cepillo contra el suelo. Las cerdas se partían y doblaban en todas direcciones—. En el rato que llevamos discutiendo, la única premisa que hemos acordado es que nunca se debe matar a una persona inocente. ¡Pero Lindzin no es inocente! Él colabora con quienes nos ataron a estas vías —dijo, señalando a nuestro alrededor—. Él colabora con quienes aceleran este tren. ¡Él colabora con los dueños de esta palanca!